PERFIL

B. Lyn Behrens

Diálogo con la presidenta de la Universidad de Loma Linda

En 1990 la Universidad de Loma Linda designó a la Dra. Lyn Behrens como su nueva presidenta, la primera mujer en ocupar este cargo en los 85 años de distinguida historia de esa institución.

Lyn nació en Cooranbong, Australia, en la provincia de Nueva Gales del Sur. Su interés en la medicina despertó durante una enfermedad en su niñez. Comenzó sus estudios en medicina en la Universidad de Sydney, y se graduó con honores en 1964. Lyn se especializó en pediatría, comenzando su preparación en el hospital Royal Alexander, y continuándola en el Centro Médico de la Universidad de Loma Linda. Desde entonces la Dra. Behrens ha trabajado como jefa de residentes en el Hospital de Niños Henrietta Egleston, de Atlanta (Georgia); en la Facultad de Medicina de la Universidad de Loma Linda, donde ocupó el cargo de directora del programa de residencia pediátrica, y luego el de decana; como miembro del Hospital y Centro de Investigaciones Judío Nacional/Centro Nacional del Asma y Ciencias de la Salud de la Universidad de Colorado; y de nuevo en el Depto. de Pediatría del Centro Médico de la Universidad de Loma Linda.

La Dra. Behrens describe su estilo de liderazgo diciendo que es participatorio y basado en la colaboración, tanto frente a su equipo administrativo como ante los constituyentes de la Universidad. A pesar de sus numerosas ocupaciones, continúa practicando su profesión. Atiende pacientes una vez por semana y está de turno un fin de semana de cada mes.

La Dra. Behrens y su esposo, David Basaraba —que es consejero matrimonial — tienen cuatro hijos.

Cómo promovió su madre el desarrollo personal y profesional de usted?

Mi madre era una persona muy tierna y cariñosa. A pesar de que durante nuestra niñez tuvo que luchar con la pobreza, inspiró en mi hermana y en mí la realidad de Dios en nuestras vidas así como la firme determinación de afrontar cara a cara los desafíos de la vida. Nunca hizo por nosotros lo que pensaba que podíamos realizar por nuestro propio esfuerzo. Una cosa muy importante fue que los únicos límites que nos puso se referían a la disciplina, pero nunca a nuestras posibilidades. Cuando algunas personas me urgían a que dejara de estudiar y me dedicara a trabajar, mi madre dijo: "Bien: ¿qué es lo que quiere hacer Lyn?" Como yo quería continuar mis estudios, ella replicaba: "Ya encontraremos alguna forma de hacerlo".

¿Qué aspecto de su experiencia en una universidad pública la benefició?

La Universidad de Sydney me dio una educación excelente, dentro de mis posibilidades financieras, tanto en las ciencias básicas como en los aspectos clínicos. También promovió mi desarrollo emocional. Tuve que establecer mis propios límites y medir mis fuerzas. Allí no había exámenes parciales. Basado en su capacidad de afrontar un examen al fin del año, uno lo aprobaba o fracasaba. A nadie le importaba qué le sucedía a uno.

Además de esto, me hizo crecer en el aspecto espiritual, porque el ambiente en que me hallaba hacía que fuera fácil abandonar los valores cristianos, y la cantidad de trabajo podía fácilmente distraerlo a uno de su comunión con Dios. Tuve que hacer mis propias decisiones en cuanto a mi conducta.

El hacer eso, ¿solidificó su entrega al cristianismo?

Sí, y al adventismo. Pero en un ambiente secular había muchas cosas que podrían fácilmente haberme desviado de lo espiritual. Sentí que Dios me había concedido una oportunidad, y que debía aprovecharla como un mayordomo fiel. Lo que hice fue adoptar un riguroso plan de estudio de las Sagradas Escrituras y del espíritu de profecía.

¿Cómo llegó usted a interesarse en la medicina?

Cuando tenía 11 años padecí de fiebre reumática. Mi encuentro con los profesionales de la salud se cristalizó en mi mente, combinando mi compromiso de dedicarme a la obra misionera — un deseo que siempre había albergado — con la medicina. Desde ese momento en adelante, todos mis esfuerzos se dirigieron a obtener la preparación académica necesaria.

¿Había muchas mujeres en su clase?

Mi clase de graduandos se componía en un 10 por ciento de mujeres. Pero había tantos estudiantes que la mayor parte del tiempo yo era la única mujer en la rotación clínica o en el laboratorio.

¿Se sintió usted inmediatamente interesada en la pediatría?

No. Cuando me gradué de la Facultad de Medicina, alguien me dijo: "Bueno, Lyn, desde luego que usted va a ser pediatra". Le respondí: "¡Por supuesto que no! Eso sería lo último que escogería". Había muchas otras cosas que escoger.

Cuando usted se graduó, ¿cuáles eran algunos de sus blancos?

Al graduarme, y por mucho tiempo después, mi blanco profesional era hacer obra misionera en Africa. En Australia, todos los graduados deben hacer un internado de rotación que los expone a la cirugía, la obstetricia, la pediatría y la medicina de urgencia. Durante ese período, tuve la oportunidad de trabajar durante un año completo en

el Hospital de Niños. Pensé: "Soy suficientemente flexible como para no temer esta experiencia. Un año de pediatría no me hará ningún daño". Poco tiempo después, me había convencido de que la pediatría sería mi especialidad.

¿En qué forma específica llegó usted a esa conclusión?

Muy pronto después de comenzar mi práctica, desarrollé un estrecho vínculo con una niñita holandesa. Un día, después de llegar de su país natal, los padres supieron que su hijita tenía leucemia. No tenían familia o amigos en Australia, de modo que nosotros nos convertimos en su familia. Juntos pasamos entre 6 y 9 meses tratando de intervenir. En un par de ocasiones la enfermedad pareció entrar en remisión, pero llegó el momento cuando la niñita falleció.

Durante mi propia hospitalización cuando niña, los médicos habían actuado en forma muy impersonal, y también las enfermeras. Ocasionalmente me encontraba con alguna persona cariñosa y amable, con la cual me atrevía a sentir que no necesitaba mantenerme constantemente a la defensiva. Estoy segura de que cuando eso sucedía, mis pulsaciones disminuían y mi curación se aceleraba. Debido a estas experiencias, me fui dando cuenta de los cambios que se podrían realizar en la práctica de la pediatría.

¿Qué preocupaciones especiales tuvo usted como decana de la Facultad de Medicina de Loma Linda?

Me incorporé a la Facultad de Medicina en un tiempo cuando había un interés creciente en volver a dar importancia a lo que significa ser un médico cristiano, y en los elementos especiales que nuestra universidad aporta a la educación de los médicos. Considero que el aporte de la Universidad de Loma Linda es único en su género, pues es una institución que Dios estableció con un propósito especial: preparar profesionales cristianos e integrar la naturaleza espiritual del facultativo con su actuación profesional.

¿Qué puede hacer por sus pacientes un médico *cristiano*?

Creo que, además de enfocar los componentes físicos, mentales y emocionales de la enfermedad, el médico cristiano puede hallar formas de ministrar con amabilidad a la gente que tiene preguntas y dudas profundas en cuanto a la vida. Esto va más allá de orar con el paciente. Implica la disposición a preguntar: "¿Cuáles son sus preocupaciones? ¿Qué significa para usted esta enfermedad? ¿Puedo ayudarle a poner su dolor en perspectiva? ¿Me permite ayudarle a explorar esta situación?" Si el paciente se niega, se le dice amablemente que está bien. Pero si dice: "Sí, le ruego que me ayude a comprender", entonces el médico cristiano puede compartir su propia forma de comprender la vida y usarla como un acicate para el crecimiento. En mi educación secular no había nada que me permitiera unir el aspecto físico con el espiritual.

¿Cómo permite la Universidad de Loma Linda realizar esto en su programa de estudios?

Nuestros alumnos se encuentran por primera vez con un paciente durante su clase de Religión y Medicina, en el transcurso de la cual un paciente viene y les explica cómo se siente un enfermo. Estos pacientes no están programados en cuanto a lo que tienen que decir; por lo general comienzan con el aspecto físico, pero ninguno de ellos ha dejado de lado la consideración del impacto emocional que la enfermedad les ha causado y aluden a las verdaderas dudas que los han estado acosando, que son de naturaleza espiritual. Eso es lo que el paciente les enseña a nuestros estudiantes en las primeras dos o tres semanas de su vida universitaria.

¿Qué le diría usted a una joven que quisiera lograr el éxito que usted ha alcanzado?

Si se me preguntara qué pasos dar, le diría en primer lugar, que no se ponga a competir. Sea lo mejor que usted pueda ser. En segundo lugar, no trate de violentar su femineidad; ya que usted es mujer, séalo de corazón. Tercero, si usted identifica un problema, búsquele soluciones, y cuando sienta que las ha pensado bien, no tema presentarlas. Cuarto, sea flexible como para aprovechar las oportunidades antes que desaparezcan. No estaba en mis cálculos el convertirme en administradora de una universidad y mis asignaciones no vinieron en el orden que yo había planeado. Pero, a medida que pasaba el tiempo, si sentía un impulso claro de hacer algo, lo hacía. Finalmente, al mirar hacia el lugar que nos gustaría ocupar, no digamos: "Eso está fuera de mi alcance". En cambio, preguntémonos: "¿Qué necesito hacer para llegar allá?"

¿Y cómo ha afectado su carrera su vida familiar?

Mi madre vivía conmigo y quería entrañablemente a mis hijos. Era una persona muy cariñosa y siempre estaba disponible para ayudarme. Además los chicos sabían que en cualquier emergencia podían llamarme y podrían contar conmigo. Nunca abusaron de este arreglo. Descubrí que administrando cuidadosamente mi tiempo y delegando lo que otros podían hacer, me era posible dedicarles un tiempo muy productivo a los niños, a pesar de ser limitado. Pero tuve que esforzarme para convencerme a mí misma de que no son buenas madres únicamente las que bañan a sus hijos, lavan y cocinan para ellos.

Usted es una dama que parece tenerlo todo. ¿Hay aspectos de su vida en que todavía no se siente realizada plenamente?

Llegará el tiempo cuando ya no esté en una posición de liderazgo. Entonces pondré mi atención en otras cosas que me atraen. Nunca he abandonado el sueño de trabajar algún día entre los menos privilegiados, en algún lugar del mundo donde si yo no fuera, no habría ningún tipo de atención médica. Si a Dios le parece bien que yo vaya, iré. Pero si mi responsabilidad consiste en guiar a otros para que alcancen su máximo potencial de servicio, también estaré conforme. En mi vida se han abierto muchas puertas que yo ni sabía que existían, y no tengo idea de cuántas otras cosas puede haber. No espero quedarme en este puesto hasta mi jubilación y tengo la esperanza de poder hacer alguna otra cosa además de ser presidenta de una universidad.

Annemarie Hamlin

Annemarie Hamlin estudia literatura inglesa y filosofía política, a nivel de postgrado, en Claremont Graduate School, California.